

tes de su cólera. Fué algo parecido á la voz fulminante que oírán los culpables el día del juicio final. No por ello renunció á luchar Antonia, pero ya su canto fué sólo un grito agudo, espantoso, desgarrador, semejante á la risa de un precito, y cayó pálida, tiesa, en el suelo de la capilla. Cuando la recogieron estaba muerta.

—¡Jesús, María!—exclamó Ruperta santiguándose.

—¡Pobre Antonia!—dijo Hermann inocentemente.

—¡Farsante!—murmuró Santiago Aubry.

Los demás miraron á la dueña en silencio; tanto era lo que les había impresionado el relato de la señora Perrine. Scozzone se enjugó una lágrima, y Pagolo se persignó.

—Cuando el prior—continuó la señora Perrine—vió al enviado del diablo pulverizado por la cólera de Dios, se juzgó el pobre hombre libertado para siempre de las asechanzas del diablo tentador; pero no contaba con la huésped, como se puede decir exactamente, pues había cometido la imprudencia de dar hospitalidad á una endemoniada. Así fué que á la noche siguiente, cuando acababa de dormirse, le despertó un estrépito de cadenas; abrió los ojos, los volvió instintivamente hacia la puerta, y vió que giraba ella sola sobre sus goznes y que entraba un fantasma vestido con la ropa blanca de los novicios; se acercaba á su lecho; le cogía por los brazos y le decía: «Soy Antonia; Antonia, que te ama. Dios me ha concedido poder sobre ti, porque has pecado, si no con la acción, con el pensamiento». Desde entonces todas las noches, al dar las doce, presentóse de nuevo la terrible aparición, hasta que Enguerrando resolvió irse en peregrinación á Tierra Santa, y por gracia especial de Dios, murió cuando acababa de arrodillarse ante el Santo Sepulcro.

Pero Antonia no estaba satisfecha y quiso hacer sus víctimas á los demás monjes. Como los que no habían pecado eran muy pocos, ella los visitó por turno todas las noches, despertándolos brutalmente para decirles con una voz formidable:

—¡Soy Antonia; Antonia, que te ama!...

Destruído el convento para dejar lugar al castillo, se creyó que había desaparecido para siempre el fantasma; pero por lo que se ve, tiene cariño á estos lugares. Ha reaparecido en diferentes épocas, y hoy... ¡el Señor nos perdone! vuelve á presentarse el desdichado.

Cuando salgáis á la calle de noche y notéis que os sigue un capuchón gris ó blanco, apresuraos á volver á casa, porque aquel capuchón es el trasgo, que busca una nueva presa.

—¡Dios nos preserve de su maldad!

—¡Amén!—dijeron Ruperta persignándose, Hermann estremeciéndose, y Aubry sonriendo.

Todos los demás repitieron «amén» en el tono correspondiente á la impresión que cada uno había experimentado.

XXVII

LO QUE SE VE DE NOCHE DESDE LA COPA DE UN ÁRBOL

Al día siguiente, que era el señalado para el regreso de Fontainebleau de toda la corte, Ruperta declaró al mismo auditorio que, á su vez, tenía que hacerle una grave revelación. Fácil es suponer que después de un aviso tan interesante se reunieran todos, sin faltar uno solo, á la misma hora y en el mismo sitio. Para ello gozaban de libertad completa, pues Benvenuto había escrito á Ascanio que se quedaba en Fontainebleau dos ó tres días más, á fin de preparar la sala donde se proponía exponer su estatua de Jupiter, estatua que fundiría apenas regresase.

El preboste, por su parte, no había hecho más que presentarse en el palacio de Nesle para preguntar si habían tenido alguna noticia de Colomba. Y como la señora Perrine le contestó que todo seguía en el mismo estado, se volvió en seguida al Chatelet.

Los habitantes del palacio y del palacete disfrutaban, pues, absoluta libertad, puesto que los respectivos amos estaban ausentes.

Santiago Aubry estaba citado aquella noche con Gervasia, pero la curiosidad pudo en él más que el amor, ó tal vez supuso él que el relato de Ruperta sería más breve que el de la señora Perrine y le dejaría tiempo, después de oírlo, para llegar á la cita á la hora oportuna.

He aquí lo que Ruperta tenía que contar:

La narración de la dueña la había impresionado profundamente, y cuando se vió sola en su dormitorio aquella noche, se echó á temblar con todo su cuerpo, temiendo que á pesar de los santos relicarios que tenía á la cabecera de su cama se le apareciese el fantasma de Antonia.

Atrancó su puerta, pero esta era una precaución poco eficaz para quien como ella estaba al corriente de las costumbres de los fantasmas, y sabía que no hay puerta que se resista á los espíritus cuando quieren pasar. Hubiese querido, sin embargo, atrancar la ventana también, pues daba al jardín del palacio, pero el primitivo propietario del edificio no había tenido la precaución de poner en ella cierre de madera, y el propietario actual había juzgado innecesario hacer el gasto indispensable para remediar esta falta. Constantemente había visillos en la ventana, pero por desgracia, aquel día se los habían llevado para lavarlos. La ventana no estaba defendida, pues, más que por un vidrio sencillo y transparente como el aire cuya entrada dificultaba.

Cuando estuvo en su cuarto, Ruperta miró bajo la cama, registró los armarios y no dejó sin inspeccionar ni un solo rincón, pues sabía que el diablo ocupa muy poco sitio cuando esconde sus garras y sus cuernos, y que Asmodeo estuvo una vez muchísimos años escondido dentro de una botella. La habitación estaba perfectamente

solitaria; no había en ella la menor traza de duende.

Ruperta se acostó algo más tranquila, pero no apagó la luz. Una vez en el lecho, dirigió sus ojos hacia la ventana y pudo ver una sombra gigantesca que le ocultaba la luz de las estrellas al dibujarse en el fondo del cielo, que estaba obscuro porque no había luna aquella noche.

Ruperta se estremeció de miedo, y ya estaba á punto de gritar ó de llamar pidiendo socorro, cuando se acordó de la estatua colosal de Marte, que estaba precisamente delante de su ventana.

Volvió hacia ella los ojos que había apartado asustada por la pretendida aparición, y reconoció perfectamente los contornos de aquella imagen del dios de la guerra. Esto la tranquilizó y la permitió resolverse á dormir sin perder más tiempo.

Pero el sueño, ese tesoro de los pobres, que tan frecuentemente les envidian los ricos, no obedece al capricho de nadie; por la noche le abre Dios las puertas del cielo, y, como es muy caprichoso, visita á quien se le antoja, desdeña al que le invoca y llama á la puerta de los que no le esperan. Ruperta le llamó mucho tiempo sin que él la hiciese caso.

Por fin, á eso de la media noche, la rindió el cansancio. Poco á poco se entorpecieron los sentidos de la buena mujer; sus pensamientos, bastante mal unidos unos á otros, rompieron el hilo imperceptible que los anudaba y se desparmaron como las cuentas de un rosario. Sólo su corazón, agitado por el miedo, continuó velando hasta que le llegó la vez y se quedó dormido; únicamente la lámpara permaneció en vela.

Pero como todo lo humano, la lámpara tuvo su fin dos horas después del momento en que Ruperta cerró los ojos con el sueño del justo. En vista de que se había consumido el aceite de su depósito, la luz de la lámpara se debilitó; luego chisporroteó un rato, más tarde tuvo un esplendor muy grande y, por último, se apagó.

Precisamente en aquel momento tenía Ruperta un sueño terrible; soñaba que al volver, de noche, de casa de la señora Perrine, la había perseguido el trasgo, pero ella, contra lo que les suele suceder á los que sueñan, se encontró con una ligereza de piernas extraordinaria que la permitió correr tan de prisa, que el trasgo que la perseguía no pudo alcanzarla y llegó á la puerta de la escalinata precisamente cuando ella acababa de cerrarla, ó lo que es lo mismo, que Ruperta le dió con la puerta en las narices. Siempre soñando, le oyó quejarse y golpear la puerta, pero ella no pensaba en abrir, ni mucho menos; encendió la lámpara, subió las escaleras de cuatro en cuatro, entró en su habitación, se acostó y apagó la luz.

Pero en el momento en que la apagaba, vió la cabeza del aparecido detrás de los cristales de la ventana; había subido él como un lagarto por la pared y procuraba entrar por la ventana. En su pesadilla oía Ruperta el ruido que hacían

las uñas del fantasma al arañar en los cristales.

Se comprende que no hay sueño que resista á semejante pesadilla. Ruperta se despertó con los cabellos erizados y empapados en un sudor frío. Sus ojos se abrieron con espanto, y á su pesar se dirigieron hacia la ventana. Entonces dió un grito terrible: he aquí lo que había visto:

Había visto la colosal cabeza de Marte despidiendo fuego por los ojos, por la nariz, por la boca y por los oídos.

Al punto creyó que aún estaba dormida y seguía soñando; pero se pellizcó hasta hacerse sangre para convencerse de que estaba realmente despierta; se persignó; dijo mentalmente tres «Pater Noster» y dos «Ave María», y á pesar de esto, la monstruosa aparición persistía.

Ruperta tuvo ánimos para alargar el brazo, coger el palo de la escoba y golpear en el techo, que correspondía al piso del dormitorio de Hermann; confiaba en que el vigoroso alemán, despertado por el llamamiento, acudiría en su auxilio; pero por mucho que llamó, Hermann no dió señales de vida.

Entonces cambió Ruperta de dirección, y en vez de seguir golpeando en el techo, para despertar á Hermann, aporreó el suelo para despertar á Pagolo. Este dormía en la habitación inferior inmediata á la de Ruperta, así como Hermann ocupaba la inmediata superior; pero Pagolo fué tan sordo como Hermann, y por mucho que golpeó Ruperta no se movió nada en su cuarto.

Abandonó ella entonces la línea vertical por la horizontal. Ascanio dormía en el cuarto de al lado y Ruperta dió fuertes golpes en la pared medianera.

Todo fué inútil; Ascanio permaneció silencioso del mismo modo que Pagolo y Hermann. Era evidente que ninguno de los tres estaba en su habitación. Ruperta llegó á creer que se los había llevado el trasgo. Y como esta idea no tenía nada de tranquilizadora, la pobre mujer, cada vez más asustada, y convencida de que nadie acudiría á socorrerla, tomó el partido de esconder su cabeza entre las sábanas y esperar.

Esperó una hora, hora y media, dos horas tal vez, y como no oía ningún ruido, se tranquilizó algo, se atrevió á separar poco á poco la sábana, y miró primero con un ojo y luego con los dos. La visión había desaparecido. La cabeza de Marte no despedía reflejo alguno, y las tinieblas habían vuelto á rodearlo todo.

Por tranquilizadores que fuesen aquel silencio y aquella obscuridad, el sueño había huido de sus ojos para toda la noche. La pobre mujer permaneció con el oído atento y los ojos desmesuradamente abiertos hasta el momento en que los primeros resplandores del día atravesaron los cristales de su ventana, anunciando que había pasado la hora de los aparecidos.

Esto es lo que contó Ruperta, y en honor de la narradora hay que decir que su relato produjo en los oyentes más efecto tal vez que la narra-

ción de la víspera. La impresión fué profundísima, sobre todo en Hermann, Perrine, Pagolo y Scozzone. Los dos hombres se disculparon de no haber oído á Ruperta, pero lo hicieron con una voz tan temblorosa y de un modo tan embarazoso, que Santiago Aubry prorrumpió en una carcajada. La señora Perrine y Scozzone no dijeron una palabra, pero se pusieron tan encarnadas primero y tan pálidas en seguida, que si hubiera sido de día y hubiera podido verse las alternativas de sus rostros, reveladoras de la intranquilidad de sus almas, se hubiese podido creer en un intervalo de menos de diez segundos, primero que iban á morir de una congestión y luego que estaban á punto de perecer de debilidad.

—¿De modo, señora Perrine—dijo Scozzone, que fué la primera que se repuso—, que vos visteis al trago paseándose por los jardines del palacio?

—Como os estoy viendo á vos, querida niña.

—Y vos, Ruperta, ¿habéis visto que la cabeza de Marte despedía luz.

—Aún me parece que la estoy viendo.

—Veréis—dijo la dueña—; el maldito duende habrá elegido para ocultarse la cabeza de la estatua, y como es necesario para un fantasma, como para una persona natural, pasearse de vez en cuando, á determinadas horas, baja, viene, va, y cuando está cansado vuelve á su escondite. Sabed que los ídolos y los espíritus se entienden como lobos de una misma camada; todos ellos son habitantes del infierno, y á mí no me cabe duda de que ese horrible Marte da hospitalidad al trago.

—¿Lo creéis así, señorita Perrine?—preguntó el alemán.

—Estoy segura de ello, señor Hermann.

—Eso pone la carne de gallina, palabra de honor—murmuró el enamorado de la dueña estremeciéndose.

—¿Pero creéis en los aparecidos, Hermann?—dijo Aubry.

—Sí que creo.

Santiago Aubry se encogió de hombros, pero resolvió descubrir el misterio. Para él, que entraba y salía tan familiarmente como si fuese de la casa, no había cosa más fácil. Resolvió, pues, ir á ver á Gervasia al día siguiente, y quedarse aquella noche allí hasta las diez, hora en que se despediría aparentando que se marchaba, y en vez de salir subiría á un árbol, para desde arriba, oculto entre las ramas, trabar conocimiento con el fantasma.

Todo sucedió como él lo había proyectado. Salió del taller sin que le acompañara nadie, según costumbre, abrió y cerró con mucho ruido la puerta que daba al muelle para que se creyera que había salido, y luego, gateando por el tronco de un álamo, se aferró á la primera rama, desde la cual siguió subiendo á fuerza de puños, hasta llegar á lo alto de la copa. Allí se encontraba precisamente enfrente de la cabeza

de la estatua y dominaba á la vez el palacio y el palacete. Ni por los jardines ni por los patios podía pasar nadie sin que él lo viese.

Mientras Aubry se instalaba en su observatorio, estaba celebrándose una gran fiesta en el palacio del Louvre, de todas cuyas ventanas salían deslumbradores haces de luz. Carlos V se había decidido al fin á salir de Fontainebleau y á ir á la capital, y según hemos dicho, aquella misma noche habían llegado los dos soberanos á París.

Allí esperaba al emperador una fiesta espléndida. Había banquete, juegos y baile. Gondolas iluminadas con farolillos de colores se deslizaban por el Sena conduciendo numerosos músicos y se detenían para tocar armoniosamente ante el famoso balcón desde donde treinta años después había de disparar Carlos IX contra su pueblo; en tanto que otras embarcaciones adornadas con flores trasbordaban de un lado á otro del río á los convidados que iban desde el «faubourg» de San Germán al Louvre ó regresaban desde el Louvre al «faubourg» de San Germán.

Entre estos convidados figuraba el vizconde de Marmagne.

Como ya hemos consignado, el vizconde, hombre presumido, rubito y sonrosado, tenía la pretensión de ser afortunado en amores. Había creído notar que una linda condesita, cuyo marido se encontraba á la sazón en el ejército de Saboya, le había mirado de cierto modo; bastó con ello y creyó advertir que la mano de la condesita no era insensible á la presión de la suya. En una palabra, al ver salir á la dama de sus pensamientos, se figuró por la mirada que ella le dirigió al separarse, que, como Galatea, huía hacia los sauces con la esperanza de ser seguida. Marmagne salió, pues, detrás de la dama, y como esta vivía hacia lo alto de la calle de «Hautefeuille», hizo que le llevaran desde el Louvre á la torre de Nesle, y seguía por el muelle para llegar á la calle de San Andrés por la de los «Grands Augustins», cuando oyó que alguien andaba detrás de él.

Era cerca de la una de la madrugada; no había luna, según hemos dicho, y la noche estaba, por consiguiente, muy oscura. Ahora bien; entre las escasas cualidades morales con que la Naturaleza había dotado á Marmagne, no ocupaba lugar preeminente el valor, como sabemos. Empezó el vizconde, pues, á sentir alguna intranquilidad á causa de aquel ruido de pasos que parecía el eco de los suyos, y embozándose cuanto pudo en su capa, llevó la mano derecha instintivamente á la empuñadura de su espada y apretó el paso.

Pero este apresuramiento de su andar no le sirvió de nada; los pasos que seguían á los suyos se pusieron al unísono, y hasta pareció que se le adelantaban de tal modo, que en el momento en que el vizconde daba la vuelta al pórtico de los Agustinos, tuvo la impresión de que iba á ser alcanzado por su perseguidor, si



El fantasma le decía: «Soy yo, Antonia, que te ama».

después de haber pasado del paso natural al acelerado no pasaba del paso acelerado al paso gímástico. Iba á decidirse á ello, cuando al ruido de los pasos se mezcló el de una voz.

—¡Pardiez, caballero!—decía la voz—. Hacéis bien en apretar el paso, porque este sitio no es muy seguro, sobre todo á estas horas. Aquí fué, como vos sabéis perfectamente, donde fué atacado mi digno amigo Benvenuto, el sublime artista que á estas horas se encuentra en Fontainebleau, y que no sospecha lo que sucede en su casa. Como llevamos el mismo camino, podemos ir al mismo paso, y si nos encontramos con algunos ladrones, se mirarán muy mucho antes de atacarnos. Os ofrezco, pues, la tranquilidad de mi compañía, si queréis concederme la honra de la vuestra.

Desde las primeras palabras que había dicho el curial, Marmagne reconoció una voz amiga. Luego, al oír el nombre de Benvenuto, se acordó de pronto del charlatán que ya en otra ocasión le había dado tan buenos consejos acerca del palacio de Nesle. Se detuvo, pues, porque la compañía de Santiago Aubry era para él doblemente ventajosa; en primer término, Aubry le servía de escolta, y además, al mismo tiempo que le escoltaba, podría darle acerca de su enemigo alguna noticia interesante que él, llevado de su odio, sabría aprovechar. Acogió, pues, al curial con la mayor amabilidad imaginable.

—Buenas noches, amigo mío—dijo Marmagne contestando á las frases de compañerismo que Santiago acababa de dirigirle—. ¿Qué decíais de ese querido Benvenuto á quien yo esperaba encontrar en el Louvre y que se ha quedado en Fontainebleau?

—¡Pardiez, qué suerte la mía!—exclamó Aubry.—¿Cómo? ¿sois vos, querido vizconde... de...? Ahora recuerdo que no me dijísteis vuestro título, ó yo lo he olvidado. ¿Venís del Louvre? Estaría muy bien, muy animado, ¿verdad? ¿Vais de conquista? ¡Qué suerte tenéis!

—¡Demonio!—exclamó Marmagne con fatuidad.—¿Sois adivino? Sí, vengo del Louvre, donde el rey me ha dicho cosas muy agradables y donde aún estaría si no fuera porque una encantadora condesita me ha hecho señas de que prefería la soledad á aquella baráúnda. ¿Y vos? ¿de dónde venís?

—¿De dónde vengo?—contestó Aubry soltando la carcajada—. ¡Pardiez! Ahora me hacéis pensar en ello. Querido amigo, vengo de ver cosas preciosísimas. ¡Pobre Benvenuto! No merece lo que le sucede. ¡Palabra de honor!...

—¿Y qué le sucede á ese querido amigo?

—Ante todo, es necesario que sepáis que si vos venís del Louvre, yo vengo del palacio de Nesle, en donde he pasado dos horas encaramado en la copa de un árbol, lo mismo que si fuera un papagayo.

—Confieso que la posición no debía de ser muy cómoda.

—No importa. No siento las agujetas que he

cogido, porque he visto cosas, querido amigo, que sólo de pensar en ellas me muero de risa.

Y, efectivamente, Santiago Aubry volvió á soltar la carcajada, una carcajada tan jovial y tan franca, que Marmagne, aun sin saber de qué se trataba, no pudo contenerse sin hacerle coro, aunque por ignorar el motivo de la risa de su interlocutor dejó de reírse él antes que Aubry.

—Y ahora que contagiado por vuestra hilaridad me he reído yo también—dijo Marmagne—, ¿no podríais decirme, amigo mío, qué cosas tan maravillosas son las que así os alegran? Ya sabéis que soy uno de los más leales amigos de Benvenuto, aunque no haya tenido aún ocasión de encontraros en su casa, puesto que mis ocupaciones me dejan poco tiempo que dedicar á visitas, y confieso que este poco tiempo prefiero dedicarle á mis amantes mejor que á mis amigos. Pero no por eso deja de ser cierto que todo cuanto interesa á Cellini me interesa á mí también. ¡Querido Benvenuto! Decidme, pues, lo que sucede en el palacio de Nesle durante su ausencia. Me interesa mucho más de lo que podéis imagináros.

—¿Lo que sucede? No, no; es un secreto.

—¡Un secreto para mí! ¡Para mí, que quiero tanto á Benvenuto y que aún esta noche redoblaba los elogios que le dedicaba el rey Francisco II! Hacéis mal en callároslo.

—Si tuviese la seguridad de que no habíais de decírselo á nadie, querido... ¿cómo diablos os llamáis, amigo mío?... os lo contaría, porque confieso que tengo verdadera comezón de referir el suceso.

—Decidlo, pues, sin cuidado—repitió Marmagne.

—¿Y no se lo contaréis á nadie?

—¡A nadie, os lo juro!

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de caballero!

—Imagináos, pues... Pero, en primer lugar, ¿conocéis la historia del trago?

—Sí; he oído hablar de ella. Un fantasma que se aparece de cuando en cuando en el palacio de Nesle, según dicen.

—Eso es. Si sabéis eso, ya puedo contaros lo demás. Imagináos que la señora Perrine...

—¿La dueña de Colomba?

—La misma. Vamos, vamos; ya veo que sois amigo de la casa. Imagináos que la señora Perrine, al dar uno de los paseos nocturnos que la impone el cuidado de su salud, creyó ver que se paseaba también el trago por el jardín del palacio de Nesle; y que al mismo tiempo, Ruperta... ¿conocéis á Ruperta?

—¿No es la sirvienta de Cellini?

—Exactamente. Y que al mismo tiempo, Ruperta, en uno de sus insomnios, vió que echaban lumbre los ojos, la nariz y la boca de la enorme estatua de Marte, que habréis visto en el jardín del palacio.

—¡Sí; una verdadera obra maestra!

—Una obra maestra; esa es la palabra. Cellini no ha hecho otra mejor. Pues bien, esas dos respetables personas (os hablo de la señora Pe-

rrine y de Ruperta) habían convenido en que ambas apariciones tenían la misma causa, y en que el demonio que se paseaba por la noche con el sudario del fantasma en el jardín del palacio, se subía, al cantar el gallo, á la cabeza del Dios Marte, digno asilo de un condenado como él, y allí le abrasaban llamas tan formidables, que el fuego salía por los ojos, por la nariz y por las orejas de la estatua.

—¿Qué diablo de cuento me estáis contando, querido amigo?—exclamó Marmagne sin saber si Aubry se burlaba ó hablaba en serio.

—Una historia de aparecidos, nada más, querido vizconde.

—Pero ¿acaso puede creer en esas tonterías un mozo de talento como vos?

—No; yo no creo en ellas—dijo Santiago—. Y precisamente porque no creo es por lo que he querido pasarme la noche subido á un álamo para poner en claro la situación y saber quién era el verdadero demonio que traía revuelto á todo el palacio. Fingí que me marchaba, y en vez de correr la puerta después de salir, la cerré antes, y deslizándome á favor de la obscuridad sin que nadie me viera, llegué hasta el árbol que había elegido de antemano, y cinco minutos después me encontraba entre sus ramas precisamente á la altura de la cabeza de Marte. Y ahora, ¿á que no advináis lo que he visto?

—¿Cómo queréis que lo adivine?

—Es verdad. A menos de ser brujo, no hay quien averigüe semejantes cosas. Primero vi que se abría la puerta grande, la puerta de la escalinata, ¿sabéis?

—Sí, sí; la conozco perfectamente.

—Pues vi que se abría la puerta y que se asomaba un hombre como para mirar si había alguien en el patio. Aquel hombre era Hermann el Alemán.

—Sí, el gigantón; ya sé.

—Cuando se convenció de que el patio estaba solitario, después de mirar á todas partes, excepto á la copa del árbol, donde, como podéis suponer, no era capaz de sospechar que hubiese nadie, salió del todo, volvió á cerrar la puerta, bajó los cinco ó seis escalones de la escalinata, y se fué derecho al patio del palacete, á cuya puerta llamó tres veces. Respondiendo á esta seña salió del palacete una mujer, que fué á abrir la puerta. Esta mujer era la señora Perrine, nuestra amiga, á quien según parece le gusta pasearse al raso en compañía de nuestro Goliat.

—¿Sí? ¿De veras? ¡Pobre preboste!

—Esperad, esperad, que aún no lo he dicho todo. Les seguí con la mirada cuando entraban en el palacete, y de pronto oí á mi izquierda el chirrido de una ventana que se abría; me volví, y vi á Pagolo —¡pícaro Pagolo! ¿quién hubiera creído eso de él, después de oír sus protestas, sus «Pater Noster» y sus «Ave María»?— Vi á Pagolo, que después de mirar con las mismas precauciones que Hermann, saltaba por la balaustrada; se dejaba deslizar á lo largo del canalón, y

de balcón á balcón llegaba á la ventana de... ¿de quién diréis?

—¡Yo qué sé! A la ventana del cuarto de Ruperta...

—¡Sí, sí! ¡Del cuarto de Scozzone, nada menos! De Scozzone, el modelo adorado de Benvenuto, una preciosa morena, ¡palabra de honor! ¿Qué os parece del grandísimo tunante?

—¡Ya lo creo que tiene gracia! ¿Y es eso todo lo que visteis?

—Esperad, querido amigo; he dejado lo mejor para lo último; el mejor plato para la mejor boca; esperad, pues, que aún no hemos llegado, pero pronto llegaremos.

—Ya os oigo. La verdad es que todo eso es muy interesante.

—Esperad, aún, esperad. Estaba mirando á Pagolo que saltaba de balcón en balcón, á riesgo de desnucarse, cuando sentí otro ruido que salía casi del pie del árbol al cual yo me había subido; dirigí allí la mirada, y vi á Ascanio, que salía de la fundición sin hacer ruido.

—¿Ascanio? ¿El discípulo favorito de Cellini?

—El mismo, querido amigo, el mismo. Una especie de niño de coro á quien se le daría de colmugar sin confesión. ¡Para que os fiéis de las apariencias!...

—¿Y con qué objeto salía Ascanio?

—¡Eso es! ¿Con qué objeto? He ahí lo que yo me preguntaba á mí mismo, al pronto; pero no tardé en saberlo, porque Ascanio, después de convencerse, como Hermann y Pagolo, de que nadie le veía, sacó de la fundición una escalera de mano muy larga, la apoyó contra la espalda del dios Marte, y subió por ella. Como la escalera estaba precisamente al lado opuesto de la estatua del que daba frente á mí, le perdí de vista hacia la mitad de su ascensión, y en el mismo momento en que yo trataba de adivinar lo que había sido de él, vi que se iluminaban de pronto los ojos de Marte.

—¿Qué estáis diciendo!

—La verdad pura, querido amigo; y os aseguro que si ello hubiera pasado sin que yo conociera los antecedentes que acabo de contaros, no me hubiese quedado muy tranquilo. Pero como había visto desaparecer á Ascanio, no dudé ni un instante de que era él quien había encendido aquella luz.

—¿Pero qué iba á hacer Ascanio á aquellas horas en la cabeza del dios Marte?

—Eso mismo me preguntaba yo, y como no había quien pudiera contestarme, resolví averiguarlo yo solo. Abrí los ojos todo lo que pude, y conseguí descubrir al través de los de la estatua un fantasma completamente vestido de blanco, un fantasma de mujer, á cuyos pies se arrodilló Ascanio respetuosamente, como lo hubiera hecho ante una «madona». Por desgracia, la «madona» me volvía la espalda y no pude verle la cara, pero vi su cuello. ¡Oh, qué lindo cuello tienen los fantasmas, querido vizconde! Figúraos un cuello de cisne, blanco, más blanco que la nieve. ¡Ascanio lo contemplaba con una adoración!...

¡Oh, el impío! Con una adoración tal, que me convenció de que el fantasma era sencillamente una mujer. ¿Qué os parece? La ocurrencia es buena: ¡ocultar á su amante en la cabeza de una estatua!

—Sí, sí—dijo Marmagne, riéndose y reflexionando al mismo tiempo—; ¡muy original! ¿Y no sospecháis quién pudiera ser ella?

—Ni remotamente. ¿Y vos?

—Yo tampoco.

—¿Qué hicisteis al ver aquello?

—Me eché á reír de tal modo que perdí el equilibrio, y si no llego á azarrarme á una rama, me hubiera desnucado. Luego, como ya no me quedaba nada que ver, bajé del árbol, salí por la puerta sin hacer ruido, y me iba á casa, riéndome solo todavía, cuando os he encontrado y me habéis obligado á contaros la aventura. Ahora dadme un consejo. Vamos á ver: vos que sois amigo de Benvenuto, ¿qué creéis que debo hacer respecto á él? La señora Perrine no le interesa; es mayor de edad y, por consiguiente, dueña de sus actos. Pero ¿y Scozzone? ¿y la Venus que se aloja en la cabeza de Marte?

—¿Descéis que os aconseje lo que debéis hacer?

—Sí, os aseguro que lo deseo sinceramente. Estoy indeciso, querido... querido... ¡Pardiez! ¡Siempre se me olvida vuestro nombre!

—Mi opinión es que debéis guardar silencio. ¡Peor para los tontos que se dejan engañar! Y ahora, querido Santiago Aubry, os doy gracias por vuestra compañía y vuestra amable conversación, y os dejo. Ya hemos llegado á la calle de Hautefeuille y, confidencia por confidencia, aquí es donde vive el objeto de mi amor.

—Adiós, pues, mi cariñoso, mi excelente amigo—dijo Aubry estrechando la mano del vizconde—. Me habéis dado un consejo prudente, y lo seguiré. ¡Buena suerte y que Cupido os proteja!

Separáronse ambos compañeros; Marmagne subió por la calle de «Hautefeuille», y Santiago Aubry siguió por la de «Poupée», para llegar á la de la «Harpe», en el extremo de la cual había fijado su domicilio.

El vizconde había mentido á su acompañante, al afirmar que no sospechaba quién pudiera ser el fantasma que adoraba de rodillas Ascanio. Su primera idea fué que la habitante de la cabeza de Marte era Colomba, y cuanto más reflexionaba, más se afirmaba en esta creencia. Se daba el caso de que Marmagne odiaba igualmente al preboste, á Orbec y á Benvenuto y se encontraba en una situación difícil para satisfacer su rencor, porque no podía hacer daño á uno de los tres, sin dar una satisfacción á los otros. Si se callaba, Orbec y el preboste continuarían desesperados, pero Benvenuto se alegraría; si hablaba denunciando el rapto, se desesperaría Cellini, pero los otros verían realizados sus deseos, puesto que encontrarían el uno á su hija y el otro á su futura. Resolvió, pues, reflexionarlo mucho hasta que acertara con la decisión más ventajosa para él.

La indecisión de Marmagne no duró mucho; sin conocer el verdadero motivo, sabía que la duquesa de Etampes estaba interesada en el matrimonio del conde de Orbec con Colomba. Pensó que si se lo revelaba á ella, tal vez ganara en su concepto su fama de perspicaz, lo que había perdido en su fama de hombre valiente. Resolvió, pues, presentarse al otro día por la mañana á la duquesa y decirsele todo, y una vez tomada esta resolución la ejecutó exactamente.

Por una de esas felices casualidades que algunas veces favorecen las malas acciones, todos los cortesanos estaban en el Louvre haciendo la corte á Francisco I y al emperador, y la duquesa de Etampes no tenía á su lado más que á sus dos fieles amigos, el preboste y el conde de Orbec, cuando la anunciaron la visita del vizconde de Marmagne.

Este la saludó respetuosamente, y Ana correspondió con una de aquellas sonrisas cuyo secreto poseía ella sola, y con las cuales sabía expresar á la vez el orgullo, la protección y el desdén. Pero Marmagne no se preocupó por aquella sonrisa, que ya conocía por haberla visto otras veces en los labios de la duquesa, y dirigida, no sólo á él, sino á otros muchos. Además, sabía el medio de transformar con una sola palabra aquella sonrisa de desprecio, en una sonrisa de amabilidad efusiva.

—¿Y qué, señor de Estourville? ¿Ha vuelto al hogar la hija pródiga?—dijo volviéndose hacia el preboste.

—¿Otra vez esa broma, vizconde?—exclamó Estourville con un gesto amenazador y poniéndose rojo de cólera.

—No os incomodéis, mi digno amigo—replicó Marmagne—. Os digo eso porque si no habéis encontrado aún á la desaparecida Colomba, yo, por mi parte, sé exactamente dónde tiene su nido.

—¿Vos?—dijo la duquesa con la expresión más amistosamente encantadora que se puede imaginar—. ¿Dónde? Decidnoslo pronto, os lo ruego, querido Marmagne.

—En la cabeza de la estatua de Marte que Benvenuto ha modelado en el jardín del palacio de Nesle.

XXVIII

MARTE Y VENUS

El lector, como Marmagne, ha adivinado sin duda la verdad, por extraña que parezca á primera vista. La cabeza de la colosal estatua servía de asilo á Colomba. Marte alojaba á Venus, como había dicho Santiago Aubry. Era la segunda vez que Benvenuto mezclaba sus obras con su vida íntima, llamando al artista en auxilio del hombre, y, además de su genio y de sus ideas, confiaba su suerte á sus estatuas. Ya una vez, como recordará el lector, había encerrado en una de ellas sus medios de evasión;

ahora encerraba la libertad de Colomba y la dicha de Ascanio.

Al llegar al punto en que nos encontramos, es indispensable que, para mayor claridad, retrocedamos un poco.

Cuando Cellini acabó de relatar la historia de Estéfana, hubo un momento de silencio. Benvenuto, en sus recuerdos, terribles á veces, ruidosos siempre; entre las sombras fulgurantes ó feroces que habían atravesado su existencia, veía pasar por el fondo el rostro melancólico y sereno de Estéfana, muerta á los veinte años. Ascanio, con la cabeza inclinada, procuraba recordar las pálidas facciones de la mujer que, acariciándole en la cuna, le había despertado muchas veces dejando caer sus lágrimas sobre su rostro sonrosado. Colomba contemplaba con ternura á aquel Benvenuto á quien otra mujer, joven y pura como ella, había amado tanto, y la voz del artista le parecía entonces casi tan dulce como la de Ascanio. Entre aquellos dos hombres que la amaban apasionadamente, se consideraba tan segura como un niño en el regazo de su madre.

—Veamos—dijo Cellini después de una pausa de algunos minutos—. ¿Confiará Colomba en el hombre á quien Estéfana confió á Ascanio?

—Vos, mi padre; él, mi hermano—respondió Colomba con una gracia modesta y digna, tendiendo á ambos sus dos manos—, me confío ciegamente en vosotros para que me guardéis para mi esposo.

—Gracias—exclamó Ascanio—. Gracias, amada mía, por creer en él.

—¿Me prometéis obedecerme en todo, Colomba?—repitió Benvenuto.

—En todo.

—Pues bien; oidme, hijos míos. He tenido siempre el convencimiento de que el hombre puede hacer lo que quiere si cuenta con el auxilio de Dios en el cielo y con el del tiempo en la tierra. Para salvaros del conde de Orbec y de la infamia, y para entregaros á Ascanio, necesito tiempo, Colomba. Dentro de pocos días vais á ser esposa del conde. Lo que importa, en primer término, es aplazar esa impía unión, ¿verdad, Colomba, hija mía, hermana mía? En esta triste vida hay momentos en que es necesario cometer una falta para impedir un crimen. ¿Seréis valiente y resuelta? ¿Vuestro amor, tan puro y tan abnegado, será también valeroso? Respondedme.

—Ascanio responderá por mí—dijo Colomba sonriéndose y volviéndose hacia el joven—. El dispone de mí.

—Estad tranquilo, maestro; Colomba será valerosa—respondió Ascanio.

—Entonces, Colomba, segura de nuestra lealtad y de vuestra inocencia, ¿queréis abandonar resueltamente esta casa y seguirnos?

Ascanio hizo un movimiento de sorpresa. Colomba se calló un instante mirando á Cellini y á Ascanio, y luego dijo con la mayor naturalidad:—¿Adónde hay que ir?

—¡Colomba, Colomba!—exclamó Benvenuto

conmovido por tanta confianza—. Sois una criatura noble y santa. Estéfana me había hecho difícil para reconocer grandezas, pero tengo que confesar que vos la tenéis extraordinaria. Todo dependía de vuestra contestación. Nos hemos salvado; pero no hay un momento que perder. Esta hora es suprema. Dios nos la concede; aprovechémosla: dadme la mano, Colomba, y venid.

La joven bajó su velo como para ocultarse su rubor á sí misma; luego siguió al maestro y á Ascanio. La puerta de comunicación entre el palacete y el palacio estaba cerrada, pero la llave estaba puesta. Benvenuto abrió sin hacer ruido.

Al llegar á la puerta Colomba se detuvo.

—Esperad un poco—dijo con voz conmovida. Y en el umbral de aquella casa que abandonaba porque ya no le ofrecía un asilo bastante seguro, se arrodilló y rezó. Su oración quedó en secreto entre Dios y ella; pero seguramente pidió al Señor perdón para su padre por lo que iba á hacer. Luego se irguió, tranquila y fuerte, y empezó á andar guiada por Cellini. Ascanio con el corazón oprimido los seguía en silencio, contemplando con amor el vestido blanco que huía en la sombra. Atravesaron así el jardín del palacio: los cánticos y las risas de los obreros, que cenaban, porque según se recordará, había fiesta en el taller, llegaban á los oídos de nuestros amigos que se sentían intranquilos y temblorosos como se suele estar en los instantes supremos de la vida.

Llegados al pie de la estatua, Benvenuto se separó de Colomba un momento, entró en la fundición y volvió á salir cargado con una escalera de mano, que puso apoyada en la colosal escultura. La luna alumbraba con su pálido fulgor toda la escena; el maestro, después de asegurar la escalera, puso una rodilla en tierra ante Colomba. El más conmovedor respeto dulcificaba el poder de su mirada.

—Hija mía—la dijo—, abrázate á mí y sujétate bien.

Colomba obedeció sin replicar, y Benvenuto la levantó como si hubiera sido una pluma.

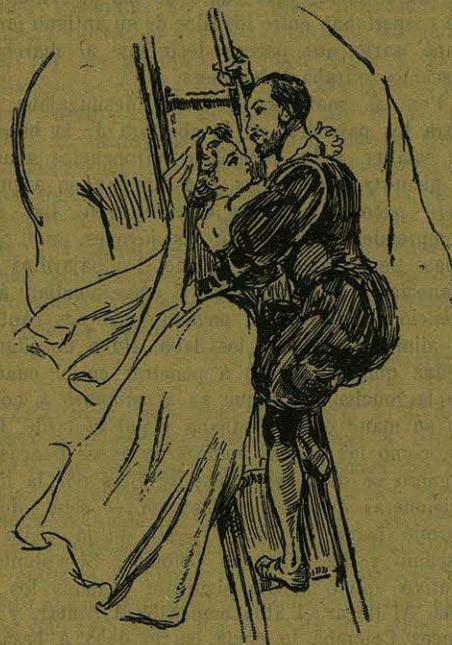
—Deje el hermano—añadió Cellini, dirigiéndose á Ascanio, que se acercaba—que el padre lleve allá arriba á su amada.

El vigoroso escultor, llevando su preciosa carga, empezó á subir la escalera tan fácilmente como si hubiera subido solo. Al través de su velo, Colomba, apoyando su cabeza en un hombro del maestro, contemplaba el rostro viril y benévolo de su salvador, y experimentaba hacia éste una confianza filial, que la pobre niña no había sentido hasta entonces. En cuanto á Cellini, debemos decir que era tan poderosa su voluntad de hierro, que llevaba en brazos á aquella por quien dos horas antes hubiera expuesto su vida, sin que sus manos temblaran, sin que su corazón latiese más aprisa, sin que se estremeciese uno solo de sus músculos. Había

ordenado á su corazón que estuviese tranquilo, y su corazón le obedecía.

Cuando se encontró á la altura del cuello de la estatua, abrió una puertecilla que en él había, entró en la cabeza de Marte y dejó á Colomba en el suelo.

El interior de aquella cabeza colosal de una estatua que tenía más de sesenta pies de alto, formaba un recinto redondo que tendría ocho pies de diámetro y diez de altura. El aire y la luz penetraban por las aberturas de los ojos,



El vigoroso escultor, llevando su preciosa carga, empezó á subir la escalera.

de la nariz, de la boca y de los oídos. Aquella habitacioncita había sido preparada por Cellini cuando trabajaba en la cabeza de Marte para guardar en ella los instrumentos de que se servía á diario, y evitarse la molestia de subirlos y bajarlos cinco ó seis veces al día; á menudo llevaba también su almuerzo consigo, y se lo tomaba en una mesa que había construido en el centro de aquel original comedor, de modo que ni para hacer la comida de medio día abandonaba su andamio. Esta innovación, que le era tan cómoda, le inspiró otra. Además de la mesa transportó allá arriba un lecho pequeño, y últimamente no sólo almorzaba dentro de la cabeza de Marte, sino que luego echaba la siesta. Era, pues, lo más lógico del mundo, que se le hubiera ocurrido llevar á Colomba á aquel escondite, el más seguro, evidentemente, de cuantos podía ofrecerla.

—Aquí tendréis que permanecer, Colomba—dijo Benvenuto—, y debéis resignaros á no bajar más que por la noche. Esperad en este asilo, bajo las miradas de Dios y la custodia de nuestra amistad, el resultado de mis esfuerzos. Júpiter—

añadió sonriéndose y aludiendo á la promesa del rey—acabará (en ello confío) lo que Marte empieza. No me comprendéis, pero yo sé lo que quiero decir. Nosotros contamos con el Olimpo, y vos con el Paraíso. No tenemos más remedio que triunfar. Vamos, sonreid, Colomba, si no al presente, á lo porvenir. Esperad, pues, con confianza, ya que no en mí, en Dios al menos. Yo he estado en una prisión más terrible que la vuestra, podéis creerlo, y la esperanza me hacía olvidar el cautiverio. De aquí al día del triunfo no volveréis á verme; vuestro hermano Ascanio, de quien no han de sospechar, y á quien han de vigilar menos que á mí, vendrá á veros y velará sobre vos. Le encargo de transformar este cuarto de obrero en celda de religiosa. Al separarme de vos, os ruego que fijéis bien en vuestra memoria mis palabras: habéis hecho, criatura confiada y valerosa, todo lo que podíais hacer; lo demás queda de mi cuenta. No tenemos que hacer más que dejar obrar á la Providencia, Colomba; pero escuchadme: suceda lo que suceda, por más desesperada que os parezca la situación en que os encontréis, real ó aparentemente; aun cuando os veáis arrodillada al pie del altar para decir el terrible «sí» que hubiera de uniros para siempre al conde de Orbec, no dudéis de vuestro amigo, Colomba; no dudéis de vuestro padre, hija mía; confiad en Dios y en mí, que llegaré á tiempo; respondo de ello. ¿Tendréis esta fe y esta confianza? Decidme: ¿la tendréis?

—Sí—dijo la joven con voz firme.

—Está bien. Adiós. Os dejo en vuestra soledad. Cuando todos duerman vendrá Ascanio á traerlos todo lo que necesitéis. Adiós, Colomba.

Tendió la mano á la muchacha, pero ella le presentó la frente, como tenía costumbre de hacerlo para despedirse de su padre. Benvenuto se estremeció, pero pasando la mano ante sus ojos, y dominando á la vez á los pensamientos que se agolpaban en su cerebro y á las pasiones que bullían en su corazón, depositó en aquella pura frente el más paternal de los besos, y murmuró á media voz:

—Adiós, querida hija de Estéfana.

Volvió á bajar junto á Ascanio, que le esperaba, y ambos se fueron juntos á reunirse con los compañeros que ya habían acabado de comer, pero seguían bebiendo.

Para Colomba comenzó entonces una vida nueva, extraña, inaudita; pero se acomodó á ella como á una existencia de reina.

He aquí cómo fué amueblada la aérea habitación:

Tenía ya, como hemos dicho, una cama y una mesa. Ascanio añadió una silla baja tapizada de terciopelo, un espejo de Venecia, una biblioteca compuesta de libros de oraciones que eligió la misma Colomba, un crucifijo, maravilla de cincelado, y, por último, un jarrón de plata, regalo del maestro, cuyas flores eran renovadas todas las noches. Era cuanto podía contener aquel blanco recinto, que encerraba tanta inocencia y tanta gracia.